

EL SIGINIFICADO HUMANO DE SANAR

**Tomado del Capítulo VI del Informe del President's Council on Bioethics,
Washington, 2002**

Traducción de Dr. Juan Pablo Beca I.

Para poder avanzar en la búsqueda de una posición moral ante la clonación de embriones humanos es importante recapacitar en torno a los bienes humanos que se persiguen con el desarrollo de cualquier técnica biomédica. Nos enfocamos específicamente en lo que significa sanar al enfermo y ayudar a quien sufre, y al mismo tiempo al espíritu y a la práctica de la investigación biomédica que en último término busca hacer posible realizar estos actos de sanar. Este análisis nos prepara para hacernos ver qué está humanamente en juego en nuestros juicios morales en torno a la clonación y a la investigación biomédica, y para apreciar qué se gana y qué se pierde si se procede o no se procede con alguna investigación.

Ser un ser humano es ser un ser mortal. Estar vivo es ser vulnerable a sufrir. Nadie está en mejor posición para comprender estas verdades que un médico. Para entender lo que significa sanar uno debe comprender antes la especial relación del médico con el sufrimiento humano, tanto como experiencia del paciente que tiene delante de él, y como un misterio central en la existencia humana. Porqué sufren los seres humanos?, y porqué sufre de una manera que no se puede explicar a partir de los conceptos humanos de justicia?. En este rol el médico es a veces un verdadero mensajero de la finitud humana. Es él quien debe informar a sus pacientes que su tiempo es limitado y que sus días están contados; es él quien debe decir a los parientes y familiares que la muerte está próxima. Pero el médico (sanador) es por sobre todo, ante los ojos del paciente, un servidor. No sólo tiene las capacidades para el alivio de la enfermedad sino que es visto como un aliado en contra de la enfermedad que tradicionalmente ha sido percibida como un mal. Debido al contenido moral de su vocación, el médico es visto y confiado como una fuente de esperanza de que el viviente pueda continuar vivo, y de que sus destrezas y las poderosas técnicas de la medicina

moderna sean la base de una posible recuperación. El médico es pues a veces quien hace reconocer el sufrimiento intratable de la vida humana, pero es a la vez el conquistador que derrota la enfermedad y el dolor con la mano salvadora del conocimiento y la técnica, y quien nos infunde la esperanza para seguir adelante aún ante la ausencia de curación o alivio.

Hasta cerca de la mitad del siglo veinte los médicos entregaron más esperanza que curación y fueron muy pocas las enfermedades que pudieron derrotar. Desde entonces su arsenal contra la enfermedad (al menos en las naciones más desarrolladas) ha crecido enormemente, con expectativas de seguirlo haciendo en las próximas décadas. Con seguridad surgirán nuevas herramientas para sanar como producto de los principios y métodos de la moderna ciencia biomédica. Este noble campo de la actividad humana tiene además un contexto en el amplio campo del dominio de la vida humana. Las sociedades modernas apoyan e invierten grandes recursos en investigación y les dan amplia libertad a los científicos, celebrando sus logros y esperando su aporte al bienestar humano. Dada la forma como avanza la ciencia, la libertad es crucial para el logro exitoso de sus objetivos.

El Dr. William Osler, uno de las figuras fundadoras de la medicina moderna describió de la siguiente manera las aspiraciones de la investigación biomédica:

“Extraer de la naturaleza los secretos que han generado perplejidad a los filósofos de todas las épocas, conocer hasta sus raíces las causas de la enfermedad, correlacionar los vastos conocimientos de tal manera que puedan estar disponibles para la prevención y curación de la enfermedad. Estas son nuestras ambiciones”.

Está en la esencia misma de un “secreto” el no poder saber con anticipación qué descubrimientos o áreas de investigación llegarán a ser más fructíferas. Se procede por ensayo y error. Se formulan hipótesis en base al conocimiento anterior en la línea de aclarar lo que es aún misterioso. Se comienza con la investigación básica sobre los mecanismos y procesos de una enfermedad, con la esperanza de que este conocimiento conduzca a encontrar nuevos tratamientos y curaciones.

Un motivo para la investigación científica es el amor al conocimiento por si mismo, la aspiración distintivamente humana de saber más, de ver y comprender más de lo que ya se sabe. Pero la investigación biomédica está también guiada, y lo está especialmente, por el deseo humanitario de llegar a aplicar los nuevos conocimientos al alivio de los que sufren, a correlacionar los conocimientos “de tal manera que puedan estar disponibles para la prevención y curación de la enfermedad”. Así los investigadores biomédicos aspiran a orientar las virtudes de la caridad, beneficencia y responsabilidad hacia la ambición humana

de “extraer de la naturaleza” sus secretos. Este es el núcleo moral de la profesión y de la tradición de investigación que la sostiene: hacer todo lo que está en nuestras manos, de manera consistente con las leyes y la moral, para proporcionar curación, mejoría y alivio a todos los que lo necesitan.

“Consistente con las leyes y la moral”: este requerimiento cualifica “todo lo que está en nuestras manos”. Esta limitación ha sido tradicionalmente entendida como parte propia de la vocación de sanar. Los filósofos morales y los filósofos de la medicina han afirmado desde hace mucho tiempo que el deber de sanar es un “deber imperfecto”, entendiendo por esto que no está por sobre toda otra consideración. Posiblemente los médicos entienden esto mejor que nadie, aprendiendo de su experiencia con los pacientes a quienes no pueden curar o siquiera mejorar. El deber de sanar a *este* paciente, *en este momento*, es también un deber imperfecto. Después de todo, la curación de una persona a expensas directas de otra persona – por ejemplo extrayendo un órgano vital de un viviente para salvar a un moribundo – violaría directamente el principio médico básico de “no dañar”.

También es cierto que la libertad de los científicos y el progreso de la medicina no son los únicos bienes dignos de nuestro compromiso y respeto. La investigación ha de ser juzgada tanto por los medios que emplea como por los fines que persigue, sean o no de manera intencionada. El Código de Nuremberg, la declaración de Helsinki y el informe Belmont son todos esfuerzos para establecer límites morales en la investigación biomédica en orden a asegurar que la investigación esté al servicio de los seres humanos y no viceversa. Entre otros puntos estos códigos de ética establecen que quienes hacen investigación sobre seres humanos no pueden ni deben jamás ignorar su condición de seres humanos. Los investigadores en biología humana son a la vez los expertos y tema o materia del conocimiento, son al mismo tiempo potenciales sanadores y potenciales enfermos. Por lo tanto no deben jamás tratar a un semejante, a un ser humano, como a algo inferior a lo humano.

Pero finalmente, aunque sea un deber imperfecto y no sea un bien supremo, la obligación de sanar y de encontrar nuevos tratamientos es algo muy fuerte. Es un desafío a los límites naturales del hombre y a su capacidad de hacer el bien sanando. Por lo tanto la libertad de exploración que hace posible la investigación biomédica debe ser restringida sólo por las más poderosas razones, como lo son el daño a la especie, a seres humanos, o a la sociedad que se puede ver beneficiada por los nuevos conocimientos.

Sin embargo, y simultáneamente, quienes han asumido el compromiso de sanar y quienes defienden o se benefician de la investigación que expande las capacidades terapéuticas, deben evitar caer en el triunfalismo médico: la creencia de que todo sufrimiento humano, físico o psíquico, puede ser controlado por la técnica moderna y que por esta razón no nos podemos oponer a ninguna forma de investigación biomédica. Los médicos y los científicos no pueden llegar a ser seres humanos parciales que eluden su responsabilidad moral bajo el supuesto de que ellos no están calificados para juzgar las dimensiones morales de su propia investigación médica o, peor aún, asumiendo que una investigación médicamente beneficiosa se autojustifica sin que existan dilemas morales en la materia. Por otra parte ellos deben evitar la crueldad de crear falsas esperanzas entre pacientes y sus familiares y la falacia de crear visiones utópicas o mesiánicas de lo que la ciencia y la medicina pueden ofrecer. Por su lado los pacientes, aún cuando luchen heroicamente contra el sufrimiento, no deben olvidar su propia condición de seres mortales, incluyendo en este concepto la naturaleza impredecible de cuándo y cómo llegará la muerte.

Estas reflexiones conducen a las conclusiones siguientes: al evaluar los beneficios y los riesgos morales de la investigación médica tenemos que considerar que el sufrimiento humano no ha de ser enfrentado empleando cualquier medio posible. Seríamos poco humanos si no buscáramos aliviar el sufrimiento, pero nos estaríamos considerando supra-humanos si pensáramos y actuásemos como si fuéramos capaces de eliminarlo para siempre. Más bien debemos reconocer que como seres humanos vivimos en una situación intermedia. Si como médicos o científicos, o como pacientes, todos anhelamos mejorar la vida por medio de la medicina, también tenemos que aceptar que el sufrimiento y la condición de seres mortales son parte de nuestra existencia. Estamos moralmente obligados a buscar el alivio del sufrimiento, pero sólo de una manera que preserve nuestra humanidad.

Teniendo todo esto in mente tenemos que preguntarnos qué le debemos a quienes sufren enfermedades y condiciones limitantes, qué obligaciones tenemos con las vidas humanas nacientes, y qué le debemos al bienestar moral de la sociedad.

Junio 2003

Texto completo del Informe de la President`s Council on Bioethics en <http://www.bioethics.gov/reports/cloningreport/>